



EL AQUELARRE Y LOS SECRETOS DE LA SANGRE

Mirza Patricia Mendoza Cerna

Todos rezan a Dios para que mantenga con vida a sus seres queridos. Yo rezo para que Poison, la tía que me crio muera sintiendo mucho dolor. A veces siento culpa por desearle una terrible muerte; entonces pido clemencia por ella y sus pecados. Cuando recuerdo lo que hemos vivido, sigo rogando por un deceso doloroso.

Todas saben que la matriarca se ha ganado su lugar en el averno. Poison también lo intuye, aun así, redimirse no está en sus planes. Por tal motivo, incluso estando rígida en su cama, continuaba haciendo trabajos. A través de mis manos amarraba los conjuros: cabellos, plumas de cuervo, sal mezclada con saliva... del cliente. Mientras era matriarca de sus malsanas labores, recordaba mi niñez a su lado: cuando cuidaba y daba de comer a las ovejas, los cuyes, los perros, los gatos y las aves, todos ellos negros. La niña que era yo, limpiaba las heces, compraba la sal y el alcohol. Poison me hincaba con su palito, esperando el momento en que me equivocase o me demorase en atender su pedido.

Por las noches ella gritaba mientras soñaba y me obligaba a dormir en el suelo al lado de su catre. Sus pesadillas no tenían fin ni consuelo. Si me robaba un rosario, me dejaba sin comer todo el día. Luego me llamaba y, con sus dedos huesudos, me acariciaba la cabeza. Nunca me peinó, nunca lavó una de mis prendas. Mis piernas tenían picaduras de pulgas y mis cabellos estaban infestados de liendres. Recuerdo vívidamente aquel día en que tuve mucha hambre y quise comer una de las gallinas degolladas que usó como sacrificio. Me echó sus orines haciendo sonidos que solía hacerle a sus animales para arrearlos. Al rato, mirándome de reojo, soltó: “Morirás de inmediato si comes eso”.

Mi tía Poison es la matriarca de la cofradía y aun estando agónica en cama no permitió que ninguna otra de las brujas tomara su lugar. Las hermanas brujas salían del cuarto babeando de rabia, sobre la maldición principal le echaron otras. Poison, la grande, no moría, solo agonizaba y se retorció de dolor. “Ninguna de ellas tiene el poder

para matarme”, repetía cuando concentraba toda su energía para poder devolverles los maleficios.

Yo le daba de comer en la boca, le cortaba las uñas de los pies, ella necesitaba de mis atenciones. Más allá de ser la superior de la cofradía era mi tía y le debía respeto por el solo hecho de que a mí no me había matado.

“Nuestra sangre es poderosa”, me dice un día. Yo asiento mientras limpio el sudor de su frente. La gran Poison, la todopoderosa pactada, se despedía del mundo terrenal sin pedirme perdón. Ya no volvería a ver sus ojos oscuros hostigándome y eso me aliviaba. Antes de dar su último aliento emite un gemido tímido. Aprieto su mano hasta su última exhalación. Cuando siento el rigor mortis de su cadáver, agarro un palo y le pego hasta quedar exhausta. Una torpe venganza que no sosiega mi corazón.

Afuera, el aquelarre espera ansioso su deceso. Algunas lloran los primeros minutos luego de recibir la noticia. Yo debo fingir tristeza al igual que ellas. Con antelación, habíamos coordinado sus exequias. Me hice la tonta cuanto pude, las miraba con sumisión para que no sospecharan de mí. En el cementerio, una vez bajo tierra, la cofradía se alborota, ellas no pueden ocultar que la noticia les viene bien. Sus lenguas ponzoñosas quieren botar el veneno que guardan desde que el anuncio de su muerte las alteró. La gran Poison ya no vive más entre nosotras luego de que diversas maldiciones, de propias y extraños, la consumieran por los últimos siete años.

El panteón está vacío y las pocas personas que caminan por aquí nos miran asombradas. Nuestras faldas largas y negras, las blusas con encaje y botones grandes no son comunes; las velas y pañuelos negros, tampoco lo son. El cielo, turbado al presenciar la partida de un alma que no hallaría descanso en su reino celestial, deja escapar una fina llovizna que infunde vida a la discordia en torno al trono de la gran sacerdotisa, un puesto de poder que incluso Poison, en las garras de la muerte, se empeña en no abandonar.

Terminado el entierro, la cofradía está inquieta, me miran de reojo. Apagan las velas. Yo sé muchos secretos y guardo muchas llaves. En sus miradas presiento el desafío. Una se apresura, se acerca a mí y, casi al oído, me susurra una noticia que por mis propios medios supe hace años. No me sorprende. De algún modo Poison tenía que demostrar su valía ante el mandamás. Mis padres están muertos, qué más da.

Ella me educó a las patadas, pero nunca me dejó morir. Me enseñó a realizar los conjuros, rituales e invocaciones, al principio a los gritos y golpes, luego con ironía.

Me aparto de la hermana bruja y avanzo sola. Las otras trece me siguen murmurando. Entre ellas está la más anciana que huele a naftalina, en sus ojos se ve con claridad el brillo que tienen las personas ansiosas de poder. Atrás de ella, la más fuerte, otra candidata al puesto. Al fondo, las apestadas, las de bajo rango que solo les queda mirar. La más patética es una bruja joven que tiene la dentadura podrida. Sospecho que la pelea será entre la más fuerte y la más longeva.

Caminamos juntas y nuestras pisadas se alinean, sin embargo, en nuestras mentes la pugna ya empezó. Puedo respirar la incertidumbre. Sonrío. Mi talento está en mi sangre y mi fuerza de voluntad, en mi vocación de servicio para obrar maleficios y poder hacer trabajos difíciles. Estoy preparada para la guerra civil que se avecina. Las observaré atacándose entre sí desde el sillón que el Príncipe de las Sombras ya ha reservado con mi nombre.

Al principio no lo comprendí. Era muy diferente pactar con él que ser su elegida. Cuando Poison empezó a deteriorarse, empecé a soñar con un desierto que no tenía principio ni fin. La sed me agobiaba y mi único recurso era la arena. Tomaba un puñado y me lo llevaba a la boca. Tragaba y masticaba para poder suprimir la necesidad desesperada de saciar mi sed. Despertaba con la garganta seca y, al lado de mi cama, descubría unas huellas de cabra hechas de arena. No quise conectar los hechos sobrenaturales con algún llamado desde los infiernos. Creí que era una de las tantas batallas que me salpicaban por ser sobrina de aquella. Con el tiempo el mensaje fue haciéndose más notorio y junto con él mi soberbia se fue engrandeciendo. Con gusto miraba a las moscas verdes rodear al palo que era Poison porque representaban su fin y el inicio de mi reinado. Mi tía tenía razón, la sangre era parte del gran conjuro que estaba reservado para mi dictadura.

Por respeto a mi luto, me dejan sola tres días, esperan que la miseria y desolación cubran mi alma de sobrina desamparada. Aprovecho en deshacerme de todos los objetos inservibles. Hago una gran pira con las cosas de Poison para que nada de ella quede en pie. Una nueva generación está palpitante y entregada a renovar cada rincón del lúgubre lugar. Esparzo las gotas carmesíes que emanan de mi dedo índice dando inicio al matrimonio con el mandamás.

No conozco otro tipo de vida, Poison estará maldiciéndome desde el inframundo. Yo no quiero vivir como ella, atrapada en una existencia miserable, plagada de horrores y mucho frío. Solo debo ser paciente y esperar las señales que llegan a través de los espejos y animales que vienen a morir a la puerta del domicilio. Son sus obsequios. Prendo las velas y bailo desnuda para agradarle. Luego me pongo boca abajo para recibir azotes de un látigo transparente. Su lengua pasa por las heridas abiertas y las cicatrizan en el acto.

Estamos de novios y el aquelarre no lo sabe. Río victoriosa, el tercer día ha llegado. Para consumar el matrimonio debe morir una de ellas. El aquelarre se arremolina. Las brujas hablan mirándome fijamente. La noche cae y la más anciana, por su edad, toma la palabra. Es directa y pide el trono sin titubear. La otra bruja, madura y fuerte, se carcajea. Las demás, expectantes, se echan sal para evitar el mal de ojo. Las contrincantes se maldicen mutuamente. Siento un peso sobre mi hombro derecho, es él. Por un espejo viejo veo su reflejo. Me atemoriza su rostro, sin embargo, la sed por un poder mayor al de Poison me anima a continuar. La bruja más fuerte empuja a la más anciana, esta cae entre los suspiros de las hermanas del aquelarre. Avanzo un paso y levanto la mano en señal de detención. La victimaria sonríe creyéndose vencedora, la anciana apenas se levanta, tambaleándose debilitada.

En ese momento, el silencio invade el aquelarre y todas las brujas se giran hacia mí, esperando mi próximo movimiento. Saco una daga. La bruja de dientes podridos lanza un grito estridente y profundo, como un aviso de guerra. Sé que lo acaba de ver caminar entre nosotras. El olor a azufre llena el ambiente. Aprovecho el momento, empuño el arma y trato de atacar a la miserable bruja de pútridos dientes. El aquelarre aguarda sin moverse. Me acerco a la infeliz para asestarle la puñalada mortal. El Príncipe de las Tinieblas no me lo permite. Un fuerte mareo me invade cuando veo el rostro triunfante de la pequeña bruja y entiendo el mensaje. Me muestra sus dientes carcomidos haciendo un gesto siniestro. Una fuerza poderosa me toma del brazo; con mi mano derecha corto las venas de mi muñeca izquierda. Brota el líquido rojo salpicando sobre la verdadera novia. El matrimonio se ha consumado, mi sangre solo sirve para ser sacrificada, tal como mi tía usó la sangre de mis padres para cerrar su pacto. Volveré a ver los ojos angustiosos de Poison en el inframundo, donde, seguro, ella me espera sin un atisbo de culpa.